

EL MAGÚN

Larisa Cumin

A mi madre le alegraba contar historias, porque amaba el placer de narrar. Comenzaba a contar algo en la mesa dirigiéndose a uno de nosotros, y tanto si contaba algo de la familia de mi padre como de la suya, ponía mucha pasión y siempre era como si relatase aquella historia por vez primera a oyentes que no la conocían.

Natalia Ginzburg, *Léxico familiar*

Las historias (...) son portátiles, parte de un equipaje invisible que la gente lleva consigo cuando abandona su lugar de origen.

Angela Carter, *Cuentos de hadas*

Santa Clara, dijiste, y me señalaste en medio de la llanura esa lomada que se pronuncia antes del cruce. Pasamos el molino, la estancia sola, nada más nos frenaba la vista del horizonte. La ruta se estiraba hacia adelante, puro espejismo. Pasamos el canal, más lleno de cortaderas que de agua, y el túnel de álamos plateados. Que allá estaban todos y estaba todo: el patio, tu abuela, el desarmadero, las carneadas, la mandarina del fondo. Claudia y vos. Y que yo también estaba ahí con vos, con ustedes, chiquita. Desde que vos eras chiquita. Yo también chiquita y rulienta con vos. Viéndote trepar los árboles, tirarle los pelos a Claudia, esconder los zapatos para que no te mandaran a la escuela y haciendo volar autos en el gallinero. ¿Estás segura de que no estabas ahí?, me seguís preguntando. Todavía no puedo, mamá, decirte que no. Y por eso será que cada tanto volvemos manejando. Vos, o Claudia, o yo.

Pasamos los silos, la vía, el zanjón y entramos por atrás, por el camino de ripio. Es mejor agarrar la polvareda que arriesgarse a romper el chasis en la bajada descalzada de la ruta. Estacioné mal, frente a un ciprés que nunca nos taparía el trayecto del sol. Pero estábamos tan entretenidas, mirando el cartel que anunciaba las nuevas reformas, que ninguna de las tres se dio cuenta hasta que subimos al auto y todo ardía.

Crece tanto o más que el pueblo, el cementerio. Por eso, además de casas, tu viejo se la pasó levantando panteones y tumbas. Tienen muchas el mismo

revestimiento que su casa, la que él hizo. No es de nadie ahora. Construida en un terreno que el hermano le vendió sin papeles, y que se acordó de reclamarle justo el día de su entierro. Cemento, ferrite y vidriecitos molidos. Verdes, marrones, amarillos. Paredes complicadas para arrastrar las manos o apoyarse.

Lo único que nos queda en ese pueblo tampoco está sobre la tierra y ya está ocupado. Agarraste la escalerita de madera y te trepaste, con un trapo que te pasó Claudia, a quitar un poco las telarañas. Limpiás los nichos, sacudís las flores de tela, y con el trapito mojado las restregás hasta quitar toda la tierra pegoteada en las nervaduras. Te emocionás, pero llorar, no llorás nunca. Te gustaría que tuvieran flores todos los días, flores vivas. Pero vos vivís porque te fuiste y volver a ese pueblo de muertos te endurece. Dejás un beso con tu mano a las fotos y, mientras sostengo la escalera o te mojo el trapo en el baldecito que antes era de pintura, hablás. Como si así, algo pudiera retornar. O no se perdiera del todo.

Sos siempre vos, ma, la que sube a la escalerita primero. Es como si eso de la limpieza te tocara. Quizás porque tu abuela les pedía que no la dejaran sola, ni muerta. Y que le llevaran flores; nada le parecía más triste que una tumba abandonada. Pero vos no te quedaste en el pueblo. Ni la tía Claudia. Y tu mamá, ni bien murió tu viejo, las siguió a ustedes. Y ahora lo único que nos queda es esto: siete

nichos en galerías diferentes, todos ocupados y parece, porque nada cambia, que somos las únicas que venimos, muy de vez en cuando, a limpiar.

Que de chicas se trepaban al osario y levantaban la tapa de hierro, apenas enganchada con alambre. Desde esa abertura redonda veían los huesos que se alcanzaban a iluminar. Siempre imaginé pilas y pilas. Pero me dicen que no, que estaban bien abajo y eran pocos. Huesos desparramados, ya reseco, que los sepultureros habían removido de la tierra. Tumbas viejas que ya nadie reclamaba.

Muchas de las historias te las escuché ahí, de siesta. Casi siempre fuimos de siesta, porque el calor no nos dejaba dormir, o porque nos era insoportable el silencio del pueblo de los vivos a esa hora. Muchas siestas. Muchas historias. Ahí adentro te brotan. Es en la palabra donde los hacemos vivir.